

Clima y fenómenos meteorológicos en los constructos de identidad

Autor: Luis Enrique Ramos Guadalupe

Museo Nacional de Historia de las Ciencias "Carlos J. Finlay"

A Don Fernando, *in memoriam*.

El miércoles 13 de octubre de 1999 La Habana despertó como en un día ordinario. En todos los hogares se hacían los preparativos necesarios para enfrentar la diaria jornada. Los niños a las escuelas. Los adultos al trabajo.

Lo mismo sucedía en otras poblaciones situadas en el occidente del país, mientras transcurrían las primeras horas de aquella mañana bajo el Sol refulgente y con algunas nubes en el cielo.

Pero esa desatendida y rutinaria normalidad iba a cambiar de manera súbita, porque casi al filo del mediodía los medios de información daban a conocer con urgencia que un ciclón recién formado amenazaba seriamente a todas las provincias desde Pinar del Río a Cienfuegos. Rápidamente, en solo 12 horas, una extensa zona de bajas presiones en el Mar Caribe había evolucionado hasta convertirse en la tormenta tropical "Irene".

A partir de ese momento, los acontecimientos se sucedieron con instantaneidad y la vida de la gente cambió radicalmente su curso habitual. Durante la noche siguiente el meteoro alcanzó la categoría de huracán con vientos de 120 Km./h y la Defensa Civil ordenó iniciar la evacuación inmediata de 7 mil personas residentes en la costa sur de Pinar del Río, así como la de 28 mil estudiantes que realizaban faenas agrícolas en esa provincia.

En La Habana se hacía lo mismo con otros 36 mil alumnos y 8 130 personas localizadas en zonas de peligro. En 24 horas, cuatro provincias occidentales y la Isla de la Juventud pasaron por la fase de máxima alarma ciclónica.

"Irene" cruzó durante la tarde del día 14 por las provincias de La Habana y Ciudad de La Habana, y a pesar de las medidas de precaución que fueron tomadas con prontitud y eficacia, ocasionó la muerte a 4 personas, provocó la traslación de 228 mil evacuados y causó cuantiosas pérdidas económicas, sobre todo en la agricultura (1).

Dos años después, un fenómeno mucho más peligroso: el huracán Michelle (de categoría 4 en la escala Saffir-Simpson) causaba severos daños en la agricultura y en la infraestructura económica de las provincias centrales del País. El lunes 29 de octubre de 2001 aparecía como depresión tropical en el Caribe occidental, y tras seis días de dilatada amenaza, el 4 de noviembre penetró en el territorio nacional con vientos de 215 km/h registrados en Cayo Largo del Sur. En 48 horas fueron evacuadas 600 000 personas en toda el área amenazada. Una etapa de profunda actividad ciclónica sumaría ejemplos similares, bien recordados por sus nombres: Isidore y Lili (2002), Charley e Iván (2004), Dennis y Wilma (2005)...

Pero además de los ciclones tropicales como “Irene” y “Michelle”, otros fenómenos asociados a las tormentas locales severas, los ciclones extratropicales (de invierno), los frentes fríos y los “sures” son capaces de causar efectos parecidos, de acuerdo con sus diferentes magnitudes y, por supuesto, con la extensión de los territorios que afectan.

¿Qué fuerzas pueden producir tan grandes trastornos...?. Únicamente dos: Las fuerzas de la atmósfera y las del mar.

Situaciones como la descrita antes, que alteran la estabilidad física y emocional de millones de seres humanos, se repiten cada año, a veces más de una vez. Todos esos eventos están determinados por causas y condiciones que dependen de las características de nuestro clima.

Las peculiaridades del tiempo atmosférico y del clima de Cuba han sido evaluadas y estudiadas bajo diferentes puntos de vista: El ciudadano común y el científico, el poeta y el narrador, el cronista y el viajero, han dejado testimonio de sus impresiones sobre el tema a lo largo de medio milenio de memoria histórica; esos testimonios han pasado a formar parte de nuestro patrimonio cultural. A ese segmento de nuestra cultura pretendemos aproximarnos en este trabajo.

Pero antes resulta necesario aclarar que **tiempo** y **clima**, usados de manera indistinta en múltiples ocasiones, son términos con significados diferentes. De manera general, el **tiempo** es el estado de la atmósfera en un lugar y momento determinados, cuyos elementos —temperatura, lluvia, dirección y velocidad del viento, humedad y otros— pueden cambiar su valor rápidamente, a veces en pocos minutos; mientras que

el **clima** aparece definido por el comportamiento promedio de aquellos mismos elementos, pero medidos y evaluados durante un largo período de tiempo, generalmente mayor de 30 años (2).

Según la clasificación propuesta por el climatólogo alemán Wilhelm Köppen (1923), ampliamente aceptada y difundida en el mundo, el clima de Cuba se clasifica como **tropical húmedo**, destacándose un período lluvioso entre mayo y octubre, y otro poco lluvioso entre noviembre y abril. A lo largo del año sobresalen, además, la temporada invernal —durante la cual Cuba es afectada por 19 ó 20 frentes fríos—, y la ciclónica. El promedio anual de formación de ciclones tropicales para el área del Océano Atlántico, es de 9,6 organismos.

En nuestro país la temperatura media es de 24,8°C; mientras que la mínima absoluta es de 0,6°C y corresponde al 18 de febrero de 1996 y a la estación meteorológica de Bainoa. La temperatura más alta conocida en Cuba corresponde al valor máximo registrado por el termómetro de la estación meteorológica de Jucarito, provincia Granma, el 17 de abril de 1999: 38,8°C.

Las precipitaciones medias anuales son del orden de los 1 278,9 mm, y el promedio de humedad relativa es de 80% (3).

Las direcciones del viento predominante dependen en mucho de factores locales, y la mayor velocidad registrada en nuestro archipiélago corresponde, por supuesto, al paso de un huracán (*Fox*) acaecido entre el 24 y el 25 de octubre de 1952 y que cruzó sobre la región central de nuestro país. En esa ocasión, el anemómetro de la estación meteorológica de Cayo Guano del Este registró una racha pico de 280 km/h (4).

En Cuba se producen anualmente un centenar de tormentas locales severas, mayormente en verano, mientras que junio es el mes con mayores probabilidades para la formación y desarrollo de tornados.

Las primeras reseñas

El *Diario de Navegación* de Cristóbal Colón (1451-1506) ha sido citado en innumerables antologías y cronologías como punto de partida en relación con la historia de Cuba. Ello se debe, entre otras razones, a la agudeza del Almirante como observador y a su valor como relator de los singulares acontecimientos de los cuales fue protagonista. En nuestro caso, también aparece como autor de las primeras referencias en relación con eventos meteorológicos ocurridos en Cuba o en su entorno geográfico.

En la anotación correspondiente al 31 de octubre de 1492, Fray Bartolomé de Las Casas (1474-1566), transcriptor del Diario, señala que:

Toda la noche anduvo barloventeando (...) y vido una concha o bahía donde podían estar los navíos pequeños, y no lo pudo encavalgar porquel viento se había tirado todo del norte, y toda la costa se corría al Nornorueste y Sueste, y otro cabo que vido adelante le salía más afuera. Por esto y porquel cielo mostraba de ventar recio, se hobo de tornar al río de Mares (5).

Al leer con atención las 67 palabras del párrafo anterior, resaltan las inconfundibles condiciones del estado del tiempo que describe el Almirante: viento del norte con fuerza de brisotes y cielo nublado, a fines del mes de octubre. Tal vez sea este el primer testimonio relativo a la entrada de un frente frío en Cuba y, a la vez, el primero de un evento meteorológico descrito en América.

Hemos citado a Colón y la manera como reflejó el estado del tiempo en su célebre Diario, pero debemos agregar que el gran marino genovés y su expedición arribaron al Nuevo Mundo gracias a una sorprendente mezcla de temeridad, inteligencia, valor y... ¿suerte?, pues vale considerar que partieron de España el tercer día del mes de agosto de 1492; y que llegaron a la América insular en la segunda decena de octubre. Esto equivale a decir, en términos meteorológicos, que Colón realizó su travesía al tiempo que transcurrían los 3 meses más peligrosos de la temporada ciclónica. Su flotilla se mantuvo navegando en pleno Océano Atlántico durante todo el mes de septiembre, el más activo de la temporada y período en el cual las trayectorias de la mayor parte de los ciclones tropicales se orientan aproximadamente de este a oeste, en sentido idéntico al derrotero de la expedición.

Sin saberlo, Colón condujo a sus tres pequeñas y frágiles naves por una región en la que se desarrollan los más violentos huracanes. Pero el tiempo atmosférico que unas

veces amenaza y destruye, en otras “colabora” con aquellos que se deciden a enfrentar su reto.

Mucho tardaron los europeos para penetrar y descubrir las regularidades en el comportamiento de los fenómenos meteorológicos del trópico. Hasta bien entrado el siglo XVIII, los marinos más experimentados creían que se formaba un solo ciclón en cada temporada, y que su paso proporcionaba inmunidad a tales meteoros durante el resto del año. Esta existimación condujo a frecuentes e innumerables naufragios, con la consiguiente pérdida de vidas humanas y millones de pesos oro en riquezas (6).

Tal y como ha indicado el investigador Sergio Valdés Bernal (1991), la palabra **huracán** es el único vocablo aborigen procedente de América Insular que ha pasado a nuestra lengua materna —y después al inglés— como calificativo de un fenómeno atmosférico (7). Valdés cita entre otras fuentes al padre Las Casas (1875), de quien toma la siguiente referencia: *Sobrevino una tormenta y tempestad de las que hay por estos mares y tierras, que los indios llaman huracán, la última luenga.*

El sonido amenazador y cargado de presagios que encierra la palabra, ha trascendido de una cultura a otra. La ciencia contemporánea lo ha asimilado, y hoy aquel término, cuya génesis se pierde en el pasado, es usado por los especialistas de todo el mundo para definir a los ciclones tropicales cuyos vientos superan los 118 km/h.

Pero proponemos tomar otros dos ejemplos de aquellas primeras descripciones sobre el clima de Cuba:

El obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz y Lara (1694-1768), de imperecedero recuerdo en la Isla debido a sus contribuciones en lo social y lo espiritual, escribe su *Historia de la Isla y Catedral de Cuba* entre 1754 y 1761, según la opinión del historiador Francisco de Paula Coronado que a su vez recoge el criterio de Domingo del Monte. Morell, quien realizó un extenso periplo por las parroquias de la Isla, incluye una caracterización del clima de Santiago de Cuba. Léase especialmente lo que expresa acerca del régimen diurno de las brisas marinas:

A la orilla oriental de esta bahía en distancia de dos leguas de su boca, se plantó la villa de Santiago (...) porque lo cálido del clima en verano se templea con la frescura de la noche. De día también se mitiga con la brisa, viento regional que de ordinario comienza á soplar á las diez de la mañana, y cae á las cuatro de la

tarde (...) porque á las cualidades de cálido y seco, se añade la circunstancia de hallarse en una elevación pendiente, adonde los vientos la bañan con libertad y provecho (8).

Años después de la publicación de la obra anteriormente citada, el historiador César García del Pino realizó la compilación y publicación de *La Visita Eclesiástica*, otro texto debido a la mano del obispo Morell, en el que se describen un sinnúmero de lugares visitados durante su misión pastoral en Cuba, a mediados del siglo XVIII.

Aunque las notas no fueron elaboradas por el prelado pensando en que serían publicadas algún día, su valor testimonial y referencial es alto. En el texto aparecen casi una decena de apuntaciones y reseñas sobre eventos meteorológicos acaecidos durante su viaje, o que fueron conocidos por Morell a través de otras personas. A manera de ejemplo, veamos esta nota en la que el Obispo narra con su verbo claro y elegante la entrada de un frente frío. La fecha corresponde al 12 de febrero de 1757, mientras se hallaba a bordo de una embarcación en aguas al norte de oriente:

A pocas horas de navegación se dejó ver un Tizón á la parte del norte, que hera indicio de que este viento quería soplar. En tal caso le teníamos por la Proa, y sería imposible continuar la derrota, por la furia, con q^e. se explica. El piloto sin embargo no quiso arriivar al Puerto fiado en que siendo preciso tomaría otro de los muchos, que en aquella Costa hay. Inmediatam^{te}. se declaró el Nordeste, y aunque con algún trabajo anclamos en la Bahía de Navas á la una de la tarde. En el resto de ella se explicó más con repetidos aguaceros, movimientos, y bramidos de Már. La tempestad se agravó inponderablemen^{te}. con la noche, y perseveró del mismo modo el día siguiente... (9).

Según se deduce, por la misma fecha en la que Morell escribía el texto anterior, el historiador José Martín Félix de Arrate (1697-1766) terminaba su *Llave del Nuevo Mundo*, obra “rebosante de profunda exaltación criolla”, al decir de Moreno Friginals. En ella se hace un formidable acopio de elementos alrededor de la historia de La Habana y sus progresos. Nuestra capital tenía entonces algo más de 200 años de existencia.

Arrate no consideró completa su obra sin la inclusión de un epígrafe dedicado a enaltecer las bondades del clima de la Ciudad. Por ello señaló en el decimoquinto capítulo:

Está fundada La Habana en veintitrés grados y diez minutos (...) su temple es cálido y seco, como el de toda la Isla; su cielo claro y alegre, porque los vientos

que generalmente reinan en su costa desembarazan de nubes gruesas los horizontes y despejan de celajes la esfera, haciendo más moderados los calores y menos lentas las tempestades de rayos que se experimentan de junio a agosto, que es el tiempo en que, con las lluvias, suelen ser repetidos los temores de las centellas... (10).

Y continúa diciendo:

...la benignidad de su temperamento, saludable aun para los forasteros, hizo desde luego apetecible su habitación a los europeos que transitaban por esta ciudad... (11).

Con el paso del tiempo, otros cosmógrafos, viajeros y naturalistas llegaron a nuestro archipiélago procedentes de las más diversas partes del mundo, y casi todos dejaron escritas sus impresiones sobre el clima de Cuba. Pero a partir de los años terminales del siglo XVIII, otras ilustres figuras mostraron su interés por este tema, solo que ahora llegaban pertrechados con las armas que la ciencia pone en manos del hombre. Comenzó así la etapa de los estudios meteorológicos y climatológicos, proceso cuyo análisis sobrepasa el marco y los objetivos de la presente monografía. A pesar de ello, es inevitable mencionar a algunos de los más sobresalientes fundadores de lo que es hoy nuestra meteorología.

Entre los prolegómenos de esa etapa aparecen las observaciones meteorológicas publicadas a partir de 1791 en el *Papel Periódico de La Habana*, que figuran entre las primeras de su tipo en Cuba y en América (12).

A ellas dio continuidad, en 1826, la publicación del *Ensayo Político sobre la Isla de Cuba*, obra del científico alemán Alejandro de Humboldt (1769-1859) quien hace una descripción del clima de nuestro país y aborda la relación existente entre este y las características de la flora y la agricultura. El trabajo de Humboldt constituye nuestro primer estudio climatológico enfocado con un criterio científico y moderno (13).

Aparece después en rápida sucesión la fundación del **Observatorio del Real Colegio de Belén**, sostenido y operado por sacerdotes jesuitas —un observatorio meteorológico que más tarde sería también geomagnético y astronómico—, el cual se convirtió, a partir de 1882, en el centro meteorológico más importante de América Latina especializado en el pronóstico de los huracanes de Las Antillas que inició magistralmente, en septiembre de 1875, el padre Benito Viñes, S. J. (1837-1893). Y a

continuación, el problemático y controversial **Observatorio Físico Meteorológico de La Habana** que, fundado por Real Orden de la Corona española en diciembre de 1860, estuvo a cargo del sabio meteorólogo cubano Andrés Poey y Aguirre (1826-1911) desde 1861 a 1869.

No podemos concluir sin mencionar, ya en el siglo XX, al Observatorio Nacional (1908), cuyo más brillante director fuera el ingeniero civil José Carlos Millás y Hernández (1889-1963), meteorólogo de prestigio internacional; y al doctor Mario Rodríguez Ramírez (1911-1996), primer director del Instituto de Meteorología, fundado en 1965, a quien corresponde el mérito histórico de haber dirigido el proceso que insertó a Cuba en el universo de la meteorología contemporánea: la etapa de los radares y los satélites (14).

El uso y la costumbre. Los mitos. La fe.

La interpretación de los fenómenos meteorológicos y sus causas y características, son motivo de numerosas confusiones para el lego; pero el desconocimiento mezclado con el temor ha dado lugar a través del tiempo a formas y maneras de pensar que, prescindiendo de su concepto erróneo, han conformado una parte no pequeña y peculiar del folklore y la cultura popular.

A continuación presentamos una selección de las ideas que antaño prevalecían en la población cubana en relación con el imponente aparato de una tormenta eléctrica, fenómeno común en las tardes de verano. Es necesario aclarar que aunque algunas de estas ideas han desaparecido con el paso de los años, otras subsisten en la actualidad tanto en su forma original como modificadas de alguna manera.

Una suposición de las más remotas hacía creer a nuestros bisabuelos que durante una tempestad de rayos era peligroso acercarse a un perro, pues estos animales "llevan electricidad en el rabo". Por esa misma razón, se decía que "los perros *atraen a los truenos*". De la misma manera, consideraban que al producirse una tormenta eléctrica "debían cubrirse los espejos de la casa con un paño, pues los espejos *llaman a los rayos*", y que "no era conveniente jugar, correr o agitarse mientras truena": en el mejor caso estar "recogido" hasta que pasara la tempestad; "mejor aun en un rincón de la casa". Según hemos comprobado en diversas fuentes, cuando arreciaba la tormenta

muchas personas hacían acostarse a los niños de la casa, cubriéndolos con pañuelos de seda o con mantas, en la creencia de que estos tejidos los aislaban y protegían.

Algunas mujeres afirmaban que era necesario taparse los aretes de oro, o quitárselos por el tiempo que dure la tempestad, precaución que también debía observarse con tijeras y cuchillos. En este caso, la presencia del metal como elemento conductor de la electricidad hace evidente cual es el origen de la creencia. Ese proceder no era aplicable, en cambio, al caso de los tornados, llamados en Cuba **rabos de nube** o **mangas de viento**, contra los cuales se empleaba el ingenuo procedimiento de "cortarlos con tijeras" o el de colocar en el suelo "dos machetes formando cruz" como conjuro al efecto de destruirlos.

"Debe esperarse a que pase la tormenta para ingerir alimentos", rezaba una norma de conducta cuyo origen se pierde en el pasado. Esta última recomendación no se adecua al caso de los ciclones, pues estos meteoros eran recibidos tiempo atrás con verdaderas fiestas. Es típico el caso del huracán del 20 de octubre de 1926, para el cual algunos habaneros excéntricos organizaron cenas especiales en honor del fenómeno, mientras otros programaron paseos que fueron abruptamente interrumpidos cuando los vientos alcanzaron y aun superaron los 190 km/h. Hubo personas irresponsables que pagaron con graves lesiones y aun con la vida por tal insensatez (15).

Los peligros derivados del azote de las tormentas parecían no obstante conjurarse en una población muy cercana a La Habana: Guanabacoa, cuyos residentes, según la leyenda, nada tenían que temer del estado del tiempo y sus veleidades. En efecto, quienes han leído las más conocidas obras de nuestra literatura, recordarán en las páginas de las *Tradiciones Cubanas*, de Alvaro de la Iglesia, la secular historia acerca de la protección que posee la Villa de Guanabacoa contra los rayos.

Sobre ello refiere de la Iglesia:

No hay duda de que esta condición, no de todos conocida, aumenta considerablemente los encantos naturales de la Villa de las Lomas, envidiable por su temperatura en lo más recio del estío, sobre todo desde las cinco de la tarde hasta las once de la mañana (...) ¿A qué obedece ese privilegio de que goza Guanabacoa con la seguridad de que no habrá de partirlos un rayo? (16).

Una peligrosa costumbre fue —y es todavía—, la de "tomar un baño" en las aguas que cubren las calles de la ciudad o las cañadas de los campos tras una inundación provocada por penetraciones del mar o por lluvias intensas y prolongadas, según el caso. Ello ha costado un alto número de vidas. No obstante, los cubanos no han renunciado a esa peligrosa diversión que se repite año tras año. Desde el siglo XIX, aparecen en los diarios habaneros, crónicas que se refieren a personas ahogadas, particularmente jóvenes, como consecuencia de haberse lanzado al agua tras el paso de un huracán o un frente frío, que provocara la inundación de las calles de la ciudad o la crecida de una cañada o un río en el campo.

No todo fue, sin embargo, causa de lesiones o perjuicios. También hay elementos que obedecen a usos y costumbres más sanos y productivos. Tal es, por ejemplo, la posibilidad que brindaba el clima cubano para la colocación de aljibes en las antiguas casas coloniales, con el propósito de coleccionar las aguas pluviales, sobre todo durante la temporada de lluvias. En La Habana, este procedimiento llegó a tener gran importancia si atendemos a que el agua de consumo debía ser acarreada desde lugares tan alejados del centro de la Capital como el río Luyanó o el Almendares, o Puentes Grandes, a través de la Zanja Real. El clásico aljibe cubano se relaciona muy directamente con el régimen de lluvias.

Un entretenimiento que guarda relación con nuestro clima —y con el viento en particular—, es el **papalote**, conocido en otras latitudes como el juego de la cometa. Este juego no ha desaparecido en Cuba de manera total, pero no tiene ya aquel carácter masivo de años atrás.

El vuelo del artificio depende primeramente de la habilidad de quien lo manipula, y en segundo lugar de la velocidad que alcance el viento capaz de sostenerlo en el aire. Precisamente, las horas de la tarde son las más apropiadas para elevar las cometas o papalotes, debido a que en esa parte del día alcanzan su mayor intensidad las brisas marinas que en determinados momentos del año refuerzan la circulación de los vientos alisios. El papalote exige pues de su piloto un cierto empirismo meteorológico para poder empinarse (17).

Qué decir, finalmente, del clásico barco de papel arrastrado por la corriente que, junto a la acera o en el patio de la casa, era alimentada por la lluvia. Gracias al aguacero, el contén se convertía en río, y el charco en un océano donde la fantasía infantil creaba ya una batalla naval ya un pacífico crucero por regiones ignotas.

A los anteriores entretenimientos agregamos el **Juego de las Nubes**, en el cual los niños —y a veces los adultos—, emulaban para identificar en las cambiantes formas de las nubes, principalmente en las del tipo cúmulos, un elefante o un tren en marcha; un árbol, un horripilante monstruo o mil objetos más.

Concluimos recordando el gran movimiento que se desata en el vecindario para recoger granizos después de una tormenta eléctrica. La excitante caída de los fragmentos de hielo procedente de las nubes alcanzaba connotación de gran suceso, y a veces de alarma, debido a sus consecuencias que se traducían en cabezas golpeadas, animales huyendo en desordenada fuga ante el sorpresivo impacto de las piedras heladas, y aun techos rotos por los proyectiles.

Ya en el siglo XX, la introducción de los refrigeradores domésticos ofreció nuevas posibilidades para los curiosos interesados en conservar los granizos en casa durante varios días.

No es posible dejar de mencionar a las llamadas religiones afrocubanas, cuyas figuras mayores recibieron entre sus respectivos dones o **aché**, el poder de controlar o utilizar los meteoros. De esa forma, por ejemplo, se presenta a **Ikú** como deidad asociada a las inundaciones, a **Shangó** como dueño del rayo, a **Oyá** de las centellas, y otros con similar connotación.

Pero en general, y de acuerdo con la vocación cristiana del pueblo cubano, las tormentas se pasaban en muchos hogares con la familia reunida en una habitación (18), mientras la persona de mayor edad rezaba el Rosario impetrando la ayuda de Dios y la intercesión de la Virgen, principalmente bajo la advocación de la Caridad del Cobre. En otros casos se pedía particular protección contra los rayos a Santa Bárbara, o se quemaba una porción de guano bendito tomado de la misa del Domingo de Ramos. Actualmente, no es raro ver a muchas personas santiguarse al escuchar el horrísono retumbar del trueno.

Tema de mayor relieve es el hallazgo de la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre que, de acuerdo con la historia, apareció en aguas de la Bahía de Nipe al final de una intensa tormenta. Desde principios del siglo XX es la patrona de Cuba. Según se recuerda, su imagen fue hallada en 1620 por tres humildes buscadores de sal: Rodrigo y Juan de Hoyos y el niño Juan Moreno, los que salvaron sus vidas milagrosamente. La festividad de la Virgen del Cobre se celebra el 8 de septiembre, mes que, como hemos señalado antes, es el más activo de la temporada ciclónica. En nuestros templos han sido trazados por la mano del pintor los frescos que muestran la escena conmovedora y hermosa de “los tres Juanes a los pies de la Virgen”; boceto que, generación tras generación, nuestro pueblo ha conocido y conocerá de memoria.

Precisamente desde los más remotos orígenes traemos a colación una práctica relacionada con el comportamiento del tiempo cuando tenía lugar un largo período caracterizado por la escasez de precipitaciones, tan necesarias a la agricultura y al hombre. La tradición procede de Baracoa, nuestra primera villa. Entonces, cuando en algunos períodos la prolongada sequía destruía las cosechas de la región septentrional del oriente cubano, los baracoenses sacaban en procesión la **Santa Cruz de la Parra**, venerada en la iglesia de aquella localidad, y a la cual se atribuyen incontables milagros. Amparado en ella, el pueblo rogaba a Dios por las necesarias lluvias.

Nos es grato recordar al punto de estas líneas, que la Cruz de Parra aun se conserva en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa, donde se mantiene en buen estado, según acaba de confirmárnoslo el propio párroco.

Clima tiempo y rimas

El clima tropical fascinó a los europeos y transmitió su fuerza explosiva al carácter de los criollos. Poetas y compositores autóctonos o forasteros, escribieron sobre el clima de Cuba o utilizaron el símil de los fenómenos meteorológicos para reseñar o apologetizar diversos acontecimientos con el uso de las metáforas, silepsis y prosopopeyas.

A continuación, un fragmento del *Espejo de Paciencia* (1608), en el que se describe el dramático momento en que el Obispo Fray Juan de las Cabezas, cautivo, es conducido a la embarcación del pirata francés.

Silvestre de Balboa, autor de este poema, punto de partida para la literatura cubana, compara el estado del tiempo con el impetuoso trance:

*Embravecióse el mar en aquel punto
Como sentido de la humana afrenta
Y con el viento hizo contrapunto
Tan triste como suele en gran tormenta... (19).*

¿Cuáles son las vivencias que logran despertar la inspiración? ¿Bajo qué fuerza misteriosa y desconocida se produce la eclosión creativa en el hombre y nacen versos como los del inigualable José María Heredia (1803-1839) en su poema *En una tempestad*, himno mayor entre las letras que en Cuba han sido dedicadas al clima y sus peculiaridades...

Aunque una obra como esa debe ser leída íntegramente, no hemos podido sustraernos al impulso de citar un fragmento. No tenemos duda alguna de que el autor de la *Oda al Niágara* estuvo en el escenario de un ciclón tropical. La experiencia vivida se traduce en estas rimas:

*¿Qué rumor? ¿Es la lluvia...?. Desatada
cae a torrentes, oscurece el mundo,
y todo es confusión, horror profundo.
Cielo, nubes, colinas, caro bosque,
¿dó estáis...? Os busco en vano,
desaparecisteis... La tormenta umbría
en los aires revuelve un océano
que todo lo sepulta...
Al fin, mundo fatal, nos separamos:
El huracán y yo, solos estamos... (20).*

Versos elaborados a partir de una motivación similar se deben a la mano de otros muchos poetas. La compilación de toda esa producción nos permitiría acopiar suficiente material para realizar una antología de la poesía meteorológica cubana.

Invitamos ahora a la lectura de este poema de Dulce María Borrero (1883-1945). Con él, la autora logra acercarnos sensiblemente a la inminencia de una tormenta en el

campo, y a la fragilidad y el temor ancestral de las criaturas —hombre, animales y plantas— ante las fuerzas de la naturaleza:

*El cielo se ha puesto obscuro,
los árboles se sacuden,
y los pájaros acuden
al nido en vuelo inseguro.
Las hojas el viento arranca
de las ramitas esbeltas,
y las lleva dando vueltas
al fondo de una barranca.
Una chispa amarillenta
pinta las aguas del río...
¡Volvamos pronto al bohío
que va a empezar la tormenta! (21).*

Algo similar puede decirse del cantor espontáneo, del poeta popular que bajo la impresión de los fenómenos y los desastres naturales toma su guitarra o su tres y entona el canto de lo ocurrido. Las décimas que siguen se publican aquí por vez primera, y se deben a la inspiración de un campesino anónimo, procedente del norte de Villa Clara, quien tras el intenso ciclón de septiembre 1 de 1933 en Sagüa la Grande, evoca la catástrofe que causó casi un centenar de muertos. El desastre vino a hacer aun más precaria la situación de aquellos guajiros, debido a la cruda situación social y económica resultante del período presidencial de Gerardo Machado, y su autor la compara con lo ocurrido el año anterior en Camagüey durante el Huracán de Santa Cruz del Sur, que dejó a su paso más de 3 mil víctimas fatales:

*Pobre Cuba idolatrada,
cuento tu fatalidad
porque presiento que estás
al convertirme en la nada.
Fuiste en un tiempo nombrada,
pero ya la situación
te trajo la perdición,
y para que sea más seria*

*después de tanta miseria
¡ser víctimas de un ciclón...!*

*En el año treinta y dos
¿te acuerdas de Santa Cruz?
viste con exactitud
como todo lo dejó,
luego tu prado empezó
a ponerse floreciente,
pero es que al año siguiente,
ya en fecha del treinta y tres,
vino un ciclón otra vez
y acabó con nuestro ambiente (22).*

El uso del símil meteorológico aparece en la obra de José Martí (1853-1895). Leamos este, uno de sus versos sencillos, “salidos del corazón”, como él mismo dijera. En ellos, la pluma magistral del Apostol compara las ondulantes filas de esclavos que desembarcan, con el rayo que brota de las nubes; el andar de los negros con la fuerza del viento; y el dolor y el llanto de una madre con el gemido del viento durante la tempestad:

*El rayo surca sangriento,
El lóbrego nubarrón,
Echa el barco, ciento a ciento,
Los negros por el portón
El viento fiero, quebraba
Los almacigos copudos,
Andaba la hilera, andaba,
De los esclavos desnudos
El temporal sacudía
Los barracones henchidos,
Una madre con su cría
Pasaba, dando alaridos... (23).*

O este otro, donde el Maestro muestra su amor por los elementos:

*Yo sé del canto del viento
En las ramas vocingleras
Nadie me diga que miento
Que lo prefiero de veras (24).*

En las páginas del *Diario de Campaña*, Martí recoge elementos del estado del tiempo imperante en su recorrido desde Cabo Haitiano hasta Dos Ríos, con los cuales enriquece el valor testimonial del documento. Veamos algunas de estas anotaciones del histórico manuscrito, que aparecen seleccionadas e incluidas en un artículo que aborda las particularidades del estado del tiempo en La Habana el día de la caída del Maestro:

El día primero escribe: "El Sol brilla sobre la lluvia fresca, las naranjas cuelgan de sus árboles ligeras, yerba alta cubre el suelo húmedo". Una semana después, el día 7, anota fugazmente "lluvia recia".

Días más tarde continúan las lluvias en el monte fresco, cuyo húmedo sosiego recoge el Apóstol desde las primeras frases escritas esa mañana: "La lluvia de la noche, el fango, el baño en el Contramaestre, la caricia del agua que corre, la seda del agua..." (25).

Recordamos además la significativa cantidad de melodías cubanas, de todos los géneros, cuyo autor ha apoyado su discurso en el tiempo y sus peculiaridades. Recordamos, entre otras, "Rabo de Nube", "Mirando caer la lluvia", "Aguacero de Mayo"... y esta muy especial "Habanera Tú", donde los hermanos Sánchez de Fuentes traen su remembranza de un cielo despejado y la suave brisa de nuestros campos:

*En Cuba, isla hermosa del ardiente Sol
Bajo tu cielo azul...*

Y continúa:

*La palma, que en el bosque se mece gentil
Tu sueño arrulló,
Y un beso de la brisa al morir de la tarde
Te despertó.*

La enumeración de obras de la plástica cubana, relacionadas con el tema del clima, haría interminable la lista. Sólo señalaremos entre las más relevantes al *Ciclón*, de la pintora contemporánea Flora Fong, y a *La Isla y la Nube*, de Tomás Sánchez.

Ponemos punto final a este epígrafe remitiéndonos a nuestra arquitectura colonial, que en sus variadas formas y estilos implantó detalles y conceptos muy relacionados con las exigencias del clima, incorporando los altos puntales que permiten la libre circulación del aire, las calles estrechas y los portales inacabables que mitigan la ardiente incidencia del Sol, y las cornisas y aleros que protegen de la lluvia.

El tiempo en el tiempo

En los días que corren, casi todo el mundo conoce que los ciclones tropicales son identificados en estricto orden alfabético, mediante nombres propios femeninos y masculinos. La nómina se confecciona con cinco años de antelación.

Sin embargo, siglos atrás los ciclones más intensos eran generalmente recordados por el nombre del santo cuya fiesta se celebrase el día de su paso por el lugar. Esto traía como consecuencia que si un mismo meteoro cruzaba, por ejemplo, sobre La Española primero y sobre Cuba después, fuese denominado dos veces y con nombres diferentes según las fechas respectivas. Esto causaba extraordinaria confusión y aun la causa todavía a quienes nos dedicamos a hurgar en viejos papeles para revivir pasadas tormentas.

En la historia meteorológica de Cuba aparecen, entre otros huracanes muy famosos por su violencia, la Tormenta de San Rafael (octubre 24 de 1692), la de Santa Teresa (octubre 15 de 1768), la Tormenta Segunda de San Rafael (octubre 24 de 1796) y los muy conocidos e intensos huracanes de San Francisco de Asís (4 al 5 de octubre de 1844) y San Francisco de Borja (10 al 11 de octubre de 1846).

El lector habrá observado la posibilidad de que ocurriesen ciclones distintos en fechas similares pero en años diferentes; por ello, en las antiguas relaciones es común hallar el nombre de **Tormenta Segunda** de San Rafael... y otros casos parecidos.

En algunas ocasiones, los huracanes recibían un nombre que evocaba sucesos particulares acaecidos a su paso. A modo de ejemplo, seleccionamos el "Ciclón del Cometa" (octubre 16 al 19 de 1833) que tuvo lugar al tiempo que era observado desde Cuba un astro de ese tipo que, según muchos, iba a chocar ineluctablemente con la Tierra. Un caso parecido es el de la llamada "Tormenta del Azogue" (noviembre 28 de 1841) cuyo nombre se debe al robo de una importante cantidad de ese elemento (Mer-

curio) ocurrido durante el paso del ciclón. El azogue se hallaba a bordo del bergantín español "Amelia", que naufragó frente a la Batería de Santa Clara a causa del embate del viento y las gruesas marejadas (26).

Cirilo Villaverde (1812-1894) en su inmortal Cecilia Valdés, fiel espejo de la cotidianidad habanera, cita a un notable huracán como índice cronológico para dejar constancia de un acontecimiento importante. Sitúa el recuerdo en la palabra de María Regla, la nodriza esclava, cuando dice:

Verá ahora la niña la causa verdadera del rigor con que he sido tratada. Un día..., no me acuerdo bien, sólo sé que hace mucho tiempo, después de la tormenta grande de Santa Teresa, o del año en que mataron a Aponte, me llamó el Amo al comedor... (27).

El autor nos recuerda con ello a dos huracanes con igual nombre, ocurridos el mismo día y mes, pero en años diferentes: El primero, como se ha mencionado antes, tuvo lugar en 1768; y el segundo pasó sobre La Habana entre el 14 y 15 de octubre de 1812, que es al que sin lugar a dudas se refiere el escritor.

Resulta interesante señalar que Villaverde tuvo una peculiar coincidencia vital con la meteorología: Nació el 28 de octubre de 1812, es decir, justamente cuatro días después de la Tormenta Segunda de Santa Teresa, citada por él. En esa fecha se hacía en La Habana el recuento y reparación de los daños causados por el ciclón, y permanecían incomunicadas muchas localidades. El autor de *Cecilia...* falleció el 20 de octubre de 1894 (28), una semana después del paso de un sistema tropical por el Canal de Yucatán que causó intensas lluvias e inundaciones en el occidente del país.

A propósito, debemos agregar que la iglesia del Santo Angel Custodio, uno de los escenarios principales donde transcurre la obra, tiene el raro privilegio de haber sido seriamente dañada, en dos ocasiones consecutivas, por fenómenos meteorológicos. En 1828 su torre fue derribada por un rayo. Después de su reconstrucción, el templo sufrió grandes estragos como consecuencia del horroroso huracán de 1846 que destruyó el frontispicio y todo el fondo de la nave (29). Este huracán es tal vez el más intenso que ha cruzado sobre La Habana.

En nuestra capital, otros acontecimientos y lugares se vinculan al tiempo atmosférico.

Muchos cubanos saben que la célebre Giraldilla es uno de los símbolos de la ciudad de La Habana; y otros, los menos, recuerdan que lleva más de 360 años sobre su pedestal en la torre del Castillo de la Real Fuerza (30).

Lo que muy pocos conocen es que la Giraldilla, con su figura femenina, grácil y altiva, es una veleta destinada a catar los vientos que soplan sobre la rada habanera. ¿Se trata de una alusión a la proverbial volubilidad de la mujer?. Por la misma época en la que Gerónimo Martín Pinzón fundió la estatuilla, en Europa los hombres se decían: *Quid levius pluma?: pulvis. Quid pulvere?: ventus. Quid ventu?: mulier. Quid muliere?: ¡nihil...!** (31).

Perdida en el tiempo de nuestra ciudad está la fecha en la que una tormenta eléctrica, con su horrisono acompañamiento, descargó entre Reina y Dragones la centella que dio nombre a la calle Rayo, provocando, al decir de José María de la Torre (1815-1873), “lamentables estragos y trágicos incidentes” (32). Asimismo, no podemos siquiera conjeturar porqué un navío bautizado como San Pedro —construido en 1749 en el Real Arsenal—, fuese sobrenombrado “El Rayo”; o la razón por la que una goleta de 14 cañones, armada en el mismo lugar en 1780, fuera después llamada “Viento” (33).

El tiempo atmosférico ha dejado también su huella sobre la toponimia cubana. Esta huella no es profunda, pero existe. Un análisis toponomástico, llevado a cabo por el autor de estas líneas sobre la base del *Nomenclator* de la Carta Geotopográfica de Cuba, compuesta en el siglo XIX por el notable geógrafo cubano Esteban Pichardo y Tapia (1799-1879), ofrece como resultado seis topónimos claramente vinculados a fenómenos meteorológicos y al estado del tiempo en general, a saber: Centellas (1 caso), La Centella (1 caso), Mal Tiempo (3 casos) y Ventoso (1 caso). Probablemente, la génesis de alguno de estos nombres no tuvo relación con un meteoro en sí mismo sino más bien con los eventos derivados de aquellos fenómenos y sus consecuentes efectos humanos y materiales.

* ¿Qué es más ligero que la pluma...?: El polvo. ¿Y que el polvo...?: El viento. ¿Y que el viento...?: La mujer. ¿Y que la mujer...?: ¡Nada...!

En cambio, el etnógrafo y enciclopedista cubano Fernando Ortíz (1881-1969) recoge en su *Catauro de Cubanismos* un total de 12 voces relacionadas de antiguo con diversos elementos meteorológicos, palabras casi todas en desuso, pero que dejan constancia de lo observado por nuestros antecesores. En su compendio aparecen: **aciclonado, claro, chubascoso, friecitos, lloviznoso, nortazo, platanero, primasaguas, ramalazo, ras, recurva y relampagusear**; todos con significados relativos al tiempo atmosférico (34).

Ya casi habíamos concluido la redacción de esta monografía, cuando una persona amiga nos preguntó si habíamos incluido “las Cabañuelas” que acuciosamente llevaban los campesinos cubanos. Respondimos que realmente no estaban incluidas, pues el espacio del que disponemos no es ilimitado. Pero accediendo a su solicitud, y escuchando el parecer de otras personas, pasamos a explicar que el acto de “sacar” las **Cabañuelas**, consiste en un ejercicio de observación y deducción que pretende formular una predicción para cada uno de los 12 meses, a partir del comportamiento del tiempo en los días iniciales del año en cuestión.

Se procedía así: una o varias personas, generalmente de mayor edad y experiencia, observaban cómo se iba presentando el estado del tiempo en los primeros días del mes de enero, desde el 1 hasta el 12, atribuyéndole sinalagmáticamente el carácter del día a cada mes, en el mismo orden. Así, por ejemplo, si el 2 de enero se había presentado frío y con viento fuerte, ello significaba que febrero sería a su vez ventoso y frío. O, si el día 10 de enero había llovido en la comarca, se infería que octubre estaría caracterizado por tiempo lluvioso y tal vez tormentoso.

Como se deduce, es absolutamente imposible admitir que las condiciones meteorológicas imperantes un día en una localidad pudiesen ser extrapoladas para definir las de todo un año; pero este ejercicio es, acaso, una prueba irrefutable de la necesidad que siente el hombre de contar con un pronóstico del tiempo.

El hecho de “sacar las Cabañuelas” no se atenía únicamente a la observación simple de las condiciones del estado del tiempo en un día; sino que en ello intervenía también, en gran medida, la intuición y experiencia acumulada por el observador, que le permitía

incluir en la “predicción” otros indicios que pasaban inadvertidos para los más jóvenes o menos entendidos.

Existían otras modalidades alternativas de las Cabañuelas siguiendo un proceso deductivo similar, pero sobre la base de la observación efectuada durante los días 13 al 24 de agosto, tomados en orden descendente. En este caso, el estado del tiempo el día 13 correspondía al mes de diciembre y el 26 a enero. Este método se denominaba “**las Cabañuelas de Agosto**”.

En defensa del clima de Cuba

Nuestro clima y sus características han tenido detractores y críticos. Las elevadas temperaturas existentes durante la mayor parte del año, combinadas con los altos niveles de humedad relativa del aire, no proporcionaron un ambiente particularmente grato para los europeos.

El calor y la humedad suelen agobiarnos, incluso a los que hemos nacido en estas tierras. Pero esas molestias e inconvenientes condujeron a muchos filósofos, viajeros e intelectuales en el pasado a considerar que era imposible vivir en estas regiones, y que la zona tropical no constituía un medio propicio para el desarrollo del intelecto y la actividad física o mental.

Estos argumentos fueron enérgicamente rechazados por otros europeos que viajaron a nuestra tierra, y, posteriormente, por los criollos. Entre los primeros en elogiar y evaluar positivamente el clima de Cuba se encuentra el obispo Morell, ya mencionado. El primero de sus textos se inicia con una defensa del clima de la Isla; dice Morell:

Una de las cuestiones más obscuras q^e. riñeron filósofos muy sabios de la antigüedad, fue si sería ó no habitable la tórrida zona. Creían unos que los rayos del sol hiriendo directam^{te}. los cuerpos, abrasaría las entrañas y abiertos continuam^{te}. los poros, se disiparía el bálsamo de la sangre. Otros por el contrario se pintaban estas regiones occidentales bañadas de lluvias y aires tan refrigerantes q^e. sazonarían un temperamento agradable, y aún más proporcionado para la conservación de la vida. Esta última opinión que era la menos autorizada, descubrió el tiempo ser la verdadera (35).

Las ideas negativas sobre el clima de Cuba subsistieron por muchos años. Por ello, José Antonio Saco (1797-1879) creyó oportuno expresarse en torno a esta

controversial materia años más tarde, rechazando un juicio similar en las páginas de su monografía titulada *Memoria sobre la Vagancia en la Isla de Cuba*.

Como causa poderosa de la indolencia se cita también el clima cálido en que habitamos. Esta opinión errónea engendrada en el criterio de algunos visionarios, y sostenida falsamente por Montesquiu, ha ido pasando de libro en libro y ha adquirido con el tiempo, sino los honores de verdad, á lo menos los de una preocupación popular...

Cierta y muy cierta es la influencia del clima en algunas calidades físicas del hombre, pero estenderla á todos los usos y costumbres de los pueblos, y estenderlas a tales términos, que á pesar de los distintos gobiernos, religiones y educación, los habitantes de países cálidos estén condenados á ser débiles, perezosos, cobardes, ignorantes, viciosos y esclavos, mientras los de climas fríos estén llamados por la naturaleza á ser fuertes, activos, valientes, sabios, virtuosos y libres, es uno de aquellos delirios que mas prueban la flaqueza del entendimiento humano (36).

José Martí, con su luz extraordinaria, expresó también en su "Vindicación de Cuba", escrita en 1889, refiriéndose a un ofensivo artículo sobre nuestro país publicado en periódico *The Manufacturer*, en los Estados Unidos:

"Estamos incapacitados por la naturaleza y la experiencia para cumplir con las obligaciones de un país grande y libre". Esto no puede decirse en justicia de un pueblo que posee —junto con la energía que construyó el primer ferrocarril en los dominios españoles y estableció contra un gobierno tiránico, todos los recursos de la civilización— un conocimiento realmente notable del cuerpo político, una aptitud demostrada para adaptarse a sus formas superiores, y el poder, raro en las tierras del trópico, de robustecer su pensamiento y podar su lenguaje (37).

En 1937, salvando las distancias históricas, el jesuita hispano-cubano Mariano Gutiérrez-Lanza (1865-1943) —entonces director del Observatorio del Colegio de Belén, en La Habana—, hace una argumentación similar en defensa de nuestro clima. En ella mantiene una positiva y firme convicción. En forma decidida, asume la defensa de nuestra nacionalidad y de nuestro medio natural; de Cuba y de los cubanos inmersos en su temperatura tropical y capaces de toda actividad. En las páginas del *Diario de la Marina* se refiere a lo injusto de considerar el clima del Archipiélago como nocivo al hombre. Dice el sabio sacerdote:

He escrito bastantes trabajos tratando de deshacer la fama negra que ha sufrido y sufre aún el clima de Cuba, fama que reina en Europa y Estados Unidos. Es preciso desbaratarla porque es injusta. Me ha contado el Dr. Cortina que cierto francés muy ilustrado vino por primera vez a Cuba y dijo: "Estoy asombrado de

lo que estoy viendo. La idea que tenemos en Europa del clima de Cuba, es que aquí no pueden conservarse hombres de energía y salubridad capaces de trabajos físicos y mentales de normales proporciones; y estoy constatando todo lo contrario"... (38).

Como se conoce, en aquellos años coexistían en Europa las tendencias ideológicas más reaccionarias, que habrían de conducir muy pronto al Viejo Continente hacia la Segunda Guerra Mundial.

En este mismo ámbito, eran todavía muy frecuentes los pronunciamientos de "intelectuales" y "científicos" de diversas partes del mundo que fundamentaban el criterio de que los climas tropicales producían grave perjuicio a los europeos, y explicaban cómo únicamente en las zonas templadas se alcanzaba la perfección climática favorable al desarrollo. Una buena gama de este espectro político e ideológico había trascendido a Cuba durante la primera mitad del siglo XX.

Por ello, continúa escribiendo Gutiérrez-Lanza:

Si bien es cierto que hasta ahora ha existido un pueblo enfermizo, se debe a las condiciones de vida; mala alimentación, parasitismo intestinal, hacinamiento en los hogares etcétera (...) Hace años que venimos trabajando para dar a conocer la verdad sobre nuestro clima (...) con el deseo de hacer desaparecer la fama negra que pesa sobre Cuba y que tanto daño nos causa. Esa propaganda nos toca hacerla a todos, y especialmente a la Corporación Nacional de Turismo, que debe ser dotada de sumas importantes para dar a conocer al mundo entero cuanto Cuba posee de bueno y bello, que es mucho, pues Dios ha sido pródigo con esta Isla bendecida por Él (39).

El Padre aclara a continuación que lo que ocurre en Cuba, como en otro país cualquiera, es que existen personas que son más o menos sensibles al calor o el frío, y que, en consecuencia, critican aquello que les es desagradable; y continúa diciendo el sacerdote leonés, expresándose como cubano cuando enfatiza:

Nos quejamos de vicio porque otros viven en climas que envidiamos, sufren de sus rigores; demasiado frío en invierno, demasiado calor en verano. Recuerdo haber leído hace dos años un cable de Chicago: "Cuatro mil doscientos muertos de insolación"... ¡Y pensar que en Cuba es enteramente desconocido ese fenómeno...! ¡Y nosotros dirigiéndole a su clima los mayores improperios... ! (40).

Refranes y adivinanzas

Un conjunto de elementos que forman parte del folklore cubano han logrado pervivir gracias a las posibilidades que ofrece el idioma en el uso de las rimas y los juegos de

palabras. Entre esos elementos aparecen los refranes que, a manera de axiomas, pretenden expresar brevemente una ley. En todos los casos, el creador anónimo ha logrado, con más o con menos éxito, llevar al extracto la experiencia acumulada por las generaciones que le precedieron.

Al folklore meteorológico cubano pertenece un conjunto de estos refranes que sintetizan esa experiencia. Algunos de ellos llegaron en barco con los emigrantes procedentes de Europa, primordialmente de España. Otros nacieron y crecieron en nuestro suelo.

Varios de estos veredictos populares pretenden ser como una prognosis del tiempo atmosférico, a partir de los indicios que se desprenden de la observación. Pero ¡atención!; en otros casos se utiliza el estado del tiempo, cuyo comportamiento se supone bien conocido por el receptor del mensaje, para establecer comparaciones y similitudes con la forma de pensar o de actuar de algún individuo.

Entre los que corresponden al primer tipo, se halla: **Año de ciclones, año de bendiciones**, frase que alude a los beneficios que produce el paso de un organismo ciclónico en relación con el incremento de las lluvias. Muchas depresiones, tormentas tropicales y hasta ciclones poco intensos, lejos de ser perjudiciales nos benefician, pues dejan sobre nuestro territorio un gran volumen de precipitaciones que aumenta las reservas existentes en el manto freático que brinda después sus aportes a la agricultura y al consumo humano (41).

En otro orden, **Cielo empedrado, suelo mojado** —refrán de incuestionable antigüedad—, se refiere a que tras ser observadas las nubes del tipo *cúmulos*, portadoras de lluvia y semejantes a grandes piedras en el cielo, se desencadenará el chubasco o la tormenta.

De procedencia marinera es: **Sur duro, norte seguro**, cuya sentencia demuestra que después de soplar persistentemente el viento del sur se producirá la entrada de un frente frío. Es necesario aclarar que años atrás los frentes fríos eran denominados “nortes”, y más tarde “olas frías”. En el primer caso se hace clara la relación del término con la dirección de donde sopla el viento tras el paso del sistema, y en el segundo se trata ni más ni menos que de una traducción literal del término

meteorológico inglés *cold wave*. También asociado al invierno aparece una sentencia que aún perdura: **Cuando hay frío, chifla el mono.**

En el centro de nuestra Isla se recuerda que: **Viento del sur, agua segura**, para aseverar que el flujo procedente del Mar Caribe, cargado de humedad, no tardará en causar lluvias de tipo convectivo al chocar con las montañas del Grupo de Guamuhaya (42).

En abril, aguas mil, todas caben en un barril, era refrán dirigido a señalar que las lluvias de primavera, aunque frecuentes, sólo se reducirían a ligeras lloviznas o chubascos que no representan cantidad significativa.

De corte bien distinto, en la mayor parte de los casos reticente, son estos otros: **En tiempo de remolinos, como vuela la basura**, que asevera que cuando reinan la confusión y la anarquía, salen a la luz muchas cosas indeseables. Mensaje similar se expresaba al decir que: **Cuando llueve mucho to' los charcos cogen agua** (43).

Siempre que llueve, escampa; es frase que sugiere optimismo ante una dificultad. En relación con ella, existen otras dos variantes con sentido similar que rezan respectivamente: **Nunca llovió que no escampó**, y, **Detrás de la tempestad viene la calma.**

Una sentencia de obvio significado afirmaba que: **Cuando hay temporal cualquier puerto es seguro.** Y otra, de profundo sentido, insta a hacer el bien, bajo la seguridad de que aquel que mal obra, resultará al final víctima de su propia ruina espiritual. Por ello se afirma que: **El que siembra rayo, recoge tempestad**, o **Quien siembra vientos, recoge tempestades.**

La siguiente frase: **No le tengas miedo al trueno, que lo que mata es el rayo**, invita en efecto a no dejarse llevar por las apariencias, pues, tras ella puede esconderse una segunda intención mucho más peligrosa. Por último, incluimos esta cuyo origen no hemos podido precisar: **Lloviendo con Sol, matrimonio sin amor** (44).

Otros elementos del tiempo, por supuesto los que más inciden en las sensopercepciones del individuo —entre otros el viento, las nubes, la lluvia y los relámpagos—, han sido evocados mediante un pasatiempo en el que se prueba a

reconocerlos por sus caracteres más sobresalientes a través de adivinanzas: uno de los más pueriles juegos con el idioma.

Todos estos acertijos tienen varios siglos de antigüedad (45), entre ellos seleccionamos los siguientes, que están relacionados con las tormentas eléctricas:

*Me aparezco repentino,
y muero casi al nacer.
Siempre al estrago me inclino,
y a cuanto quiero extermino.*

(El rayo)

*Nadie mi nacer prevé.
Mi nacer es un morir.
Y el que me suele seguir,
nunca sin bullicio viene.*

(El relámpago)

Y estas dedicadas a la condensación y las precipitaciones:

*En el cielo soy de agua,
en la tierra soy de polvo,
en las iglesias de incienso,
y una telita en los ojos.*

(La nube)

*Sábana blanca cayó en el mar,
ni agua ni viento la pueden atajar.*

(La neblina)

*De la tierra subí al cielo.
Del cielo bajé a la tierra.
No soy Dios, y sin ser Dios,
como al mismo Dios me esperan.*

(La lluvia)

Finalmente la que aparece a continuación, que está dedicada al suave soplo del aire:

*Vuela sin alas.
Silba sin boca.
Juega sin manos.*

Y ni lo ves ni lo tocas.

(El viento)

Concluimos con dos formas rimadas; súplicas dirigidas a pedir la lluvia cuando el Sol hace insoportable las altas temperaturas, o la sequía marchita a las plantas. Estas formas corresponden principalmente al universo infantil, pues los niños las cantaban formando un corro:

¡Que llueva, que llueva, la Virgen de la cueva!

¡Los pajaritos cantan, las nubes se levantan!

¡Que sí!, ¡que no!, ¡que caiga el chaparrón...! (46).

Pero cuando la lluvia se convertía en temporal y los obligaba a permanecer en sus casas sin poder salir a jugar, entonces pedían lo contrario con este otro coro que poco escuchamos en la actualidad: "San Isidro el labrador (o el aguador, según otra versión), ¡quita el agua y pon el Sol!" (47).

Epílogo

La notable influencia del clima sobre la cultura, el temperamento y las costumbres de los cubanos es un hecho demostrado. El tiempo atmosférico y su comportamiento actúan a su vez sobre nuestras propias conductas y hábitos.

Fácilmente se hace notar cómo ocurren esos cambios de actitud: ¿Quién no ha observado cómo cualquier lugar de la ciudad, concurrido y bullicioso, se transforma en sitio silencioso y reposado tan pronto se desata el aguacero?. Cuándo se escucha el primer trueno, se nubla el cielo y se percibe con leve ráfaga el característico olor a polvo húmedo, las madres, desde la puerta, llaman a sus hijos a casa con grandes voces.

¿Cuál de nosotros no ha sido testigo de la conducta peculiar de los ciudadanos en invierno, cuando todos se acogen tan pronto cae la tarde al calor del hogar?: Se disuelven los grupos que habitualmente conversan en la esquina y se recogen las comadres que conversan en la puerta.

¿Quién no ha observado el profundo cambio que se opera en el ánimo de la gente cuando el país se halla bajo la amenaza de un ciclón?

Pero el clima de Cuba está cambiando, como se modifica el clima en todo el planeta. En los últimos 20 años, ha sido caracterizada y reconocida, entre otros fenómenos, la influencia del evento ENOS (Corriente de El Niño-Oscilación del Sur) sobre nuestro clima. El estudio de las series de observaciones meteorológicas tomadas a largo plazo, ponen de manifiesto entre otras cosas, cómo ha ido aumentando la temperatura del aire durante la segunda mitad del siglo XX. En el último cuarto de siglo se ha observado un incremento en la frecuencia e intensidad de los fenómenos severos como los tornados, y las sequías han duplicado su frecuencia (48).

¿Cómo será la evolución del clima y el tiempo en el futuro?: Aun es pronto para saberlo. Se investiga todavía para precisar la magnitud e importancia del impacto humano sobre el clima de nuestro planeta.

Pero hoy, los sistemas tropicales que potencialmente pueden afectar a nuestro país son predecibles en su gran mayoría con suficiente anticipación.

El perfeccionamiento continuo del Servicio Meteorológico Nacional y su red de estaciones; la puesta a punto de diversos sistemas de teledetección, la aplicación de los modelos de pronóstico sobre la base de ordenadores, y en particular la eficacia alcanzada por nuestro sistema nacional de la Defensa Civil, organizado a partir de una estructura regionalizada, contribuyen, entre otros factores, a mitigar las consecuencias de los desastres naturales de origen hidrometeorológico que tanto luto y desgracias traían en otros tiempos.

El incremento indetenible del conocimiento científico y la forzosa tecnologización en los tiempos que corren, han hecho que muchos de los elementos folklóricos o mitológicos mencionados antes hayan ido quedando como cosa olvidada. En consecuencia, es preciso defenderlos, pues ellos son, en gran medida, un medio de identidad dentro de un planeta que tiende aceleradamente a la globalización.

No hay ciclones “perdidos”, como algunas personas creen a veces. La televisión, los satélites y las redes de computadoras monitorean a cada segundo lo que ocurre en la atmósfera y en el mar. No obstante, siempre será inevitable mirar al pasado con los ojos de la historia, y traer a la actualidad esa fusión de esencias que han ido confor-

mando, a lo largo de un proceso plurisecular, las profundas y dilatadas bases de nuestra cultura.

REFERENCIAS

1. Granma; La Habana (1999): "El Paso del Huracán Irene", viernes 22 de octubre.
2. McIntosh, D. H., comp. (1972): Meteorological Glossary, Her Majesty's Stationery Office, London, 319 pp.
3. Datos actualizados (año 2000) por el Centro del Clima, Instituto de Meteorología, Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente.
4. Ibídem.
5. Pichardo, H. (1984): Documentos para la historia de Cuba, Editorial Pueblo y Educación, t. 1, La Habana, 598 pp.
6. Millás, J. C. (1945): "Cuatro discursos del Director del Observatorio Nacional relacionados con el huracán del 18 de octubre de 1944", Boletín del Observatorio Nacional, época IV, enero-abril, vol. I, no. 1, La Habana.
7. Valdés, S. (1991): Las lenguas indígenas de América y el español de Cuba, Editorial Academia, 2 t., La Habana.
8. Morell, P. (1929): Historia de la Isla y Catedral de Cuba, Academia de la Historia de Cuba, Imprenta Cuba Intelectual, La Habana, 305 pp.
9. ----- (1985): La Visita Eclesiástica, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 197 pp.
10. Arrate, J. (1964): Llave del Nuevo Mundo, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 270 pp.
11. Ibídem.
12. Ramos, L. E. (1995): "Evolución histórica de la meteorología en Cuba", (inédito), Instituto de Meteorología, La Habana.
13. Ibídem.
14. Ibídem.
15. Gutiérrez-Lanza, M. (1927): El Huracán del 20 de Octubre de 1926, Imprenta de A. Dorrbecker, La Habana, 51 pp.
16. Iglesia, A. de la. (1969): "Los rayos de Guanabacoa", en: Tradiciones Cubanas, Ediciones Huracán, Instituto del Libro, La Habana, 355 pp.
17. Ortiz, F. (1926): "El papalote", en: Archivos del Folklore Cubano, vol. II, Imprenta Siglo XX, La Habana.
18. ----- (1926): Archivos del Folklore Cubano, vol. IV, no. 3, Imprenta Siglo XX, La Habana.
19. Op. Cit. (8).
20. Núñez Jiménez, A. (1981): Cuba, la Naturaleza y el Hombre, t. 1 El Archipiélago, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 691 pp.
21. Torre, C. de la, (s/f): Libro Tercero de Lectura, La Habana.

22. Comunicación personal de Emiliano Ramos Mederos (1998).
23. Martí, J. (1974): Páginas Escogidas, t. 2, Ediciones Políticas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 363 pp.
24. *Ibidem*.
25. Ramos, L. E (1995): "Observaciones sobre el estado del tiempo en La Habana el 19 de Mayo de 1895", Revista Cubana de Ciencias Sociales, no. 30, La Habana.
26. Herrera, D. (1847): Memoria sobre los huracanes de la Isla de Cuba, Imprenta de Barcina, La Habana, 72 pp.
27. Villaverde, C. (1972): Cecilia Valdés o La Loma del Angel, Instituto Cubano del Libro, 2 t. La Habana.
28. Bueno, S. (1964): Figuras Cubanas, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana.
29. Torre, J. M. de la, (1857): Lo que fuimos y lo que somos o La Habana Antigua y Moderna, Imprenta de Spencer y Compañía, La Habana.
30. Leyva, M. (1998): "La Giraldilla al desnudo", Boletín del Archivo Nacional, no. 11, marzo, pp. 88, La Habana.
31. Flammarion, C. (1875): La Atmósfera, Editorial Rafael Jover y Compañía, Santiago de Chile, 684 pp.
32. Op. Cit. (29).
33. Op. Cit. (29).
34. Ortiz, F. (1985): Nuevo Catauro de Cubanismos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 526 pp.
35. Op. Cit. (8).
36. Saco, J. A. (1881): Colección Póstuma de papeles científicos, históricos, políticos... sobre la Isla de Cuba, La Habana, 500 pp.
37. Op. Cit. (23).
38. Gutiérrez-Lanza, M. (1927): "La verdad sobre el clima de Cuba, *Diario de la Marina*, junio 13, La Habana.
39. *Ibidem*.
40. *Ibidem*.
41. Viñes, B. (1877): Los Huracanes de Las Antillas, El Iris, La Habana, 255 pp.
42. Feijóo, S. (1965): Sabiduría Guajira, Editora Universitaria, La Habana, 359 pp.
43. *Ibidem*.
44. Feijóo, S. (1961): Refranes, adivinanzas, dicharachos, trabalenguas, cuartetas y décimas antiguas de los campesinos cubanos, Dirección de Publicaciones, Universidad de Las Villas, 359 pp.

45. Córdoba, S. (1926): "El Folklore del Niño Cubano", Archivos del Folklore Cubano, Imprenta Siglo XX, La Habana.
46. Ibídem.
47. Ibídem.
48. Centella, A.; L. Naranjo, L. Paz. eds. (1997): Variaciones y Cambios del Clima en Cuba, Instituto de Meteorología, La Habana.